
Manuel Uribe R., S. J.

**“A LOS INDIGENAS:
La Iglesia respeta vuestra cultura.**

**A LOS CAMPESINOS:
El Papa quiere ser vuestra voz”***

Ubicación del discurso

En octubre de 1978 es nombrado Papa Juan Pablo II. El 28 de enero lee el discurso inaugural de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla. Al día siguiente pronuncia este discurso a indígenas y campesinos. Es el estreno del Papa en Latinoamérica en un ambiente de tensiones frente a lo que será la conferencia del Celam. Juan Pablo II propone el día anterior las líneas orientadoras de este importante evento de la Iglesia Latinoamericana: la verdad sobre Jesucristo, sobre el hombre, sobre la Iglesia.

Estructura del discurso

El Papa trata de dos temas: a los indígenas les habla del respeto de la Iglesia por su cultura. Los misioneros vinieron a Méjico “deseosos de asimilar vuestro estilo de vida y costumbres para revelar mejor y dar expresión viva a la imagen de Cristo”. A los campesinos les recuerda el mensaje de los Papas anteriores.

* Discurso de Juan Pablo II a los indígenas y campesinos en Oaxaca, Méjico, 29 de enero de 1979.

Con Pablo VI quiere ser “solidario con vuestra causa, que es la causa del pueblo humilde, la de la gente pobre”. Siguiendo las líneas de Juan XXIII y Pablo VI les dice: “El Papa quiere ser vuestra voz, la voz de quien no puede hablar o de quien es silenciado, para ser conciencia de las conciencias, invitación a la acción, para recuperar el tiempo perdido, que es frecuentemente tiempo de sufrimientos prolongados y de esperanzas no satisfechas”. Después, el Papa habla de la situación del campesino y de la solución a sus problemas. El campesino latinoamericano está desesperado. Tiene derechos que no se cumplen. Constituye un sector importante de la sociedad. Experimenta dificultades especiales que lo obligan a migrar a las ciudades. Tienen los vicios y las virtudes humanas y religiosas que les son propias.

El Papa hace un llamamiento profético a los responsables de las naciones que se asemeja mucho al estilo de Monseñor Romero. Pide reformas audaces y pronuncia la famosa frase “la Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social”.

Transcribimos a continuación los principales apartes del discurso.

MENSAJE A LOS INDIGENAS

Misión de la Iglesia con la cultura indígena: Apertura a interpretar su realidad para impregnarla del Evangelio

También a vosotros, habitantes de Oaxaca, de Chiapas, de Culiacán y los venidos de tantas otras partes, herederos de la sangre y de la cultura de vuestros nobles antepasados —sobre todo los mixtecos y los zapotecas—, fuisteis “llamados a ser santos, con todos aquellos que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo” (1 Cor. 1,2).

El Hijo de Dios “habitó entre nosotros” para hacer hijos de Dios a aquellos que creen en su nombre (cf. Jn 1, 11 y ss), y confió a la Iglesia la continuación de esta misión salvadora allí donde haya hombres. Nada tiene pues de extrañar que un día, en el ya lejano siglo XVI, llegaran aquí por fidelidad a la Iglesia, misioneros intré-

pidos, deseosos de asimilar vuestro estilo de vida y costumbres para revelar mejor y dar expresión viva a la imagen de Cristo. Vaya nuestro recuerdo agradecido al primer obispo de Oaxaca, Juan José López de Zárate, y tantos misioneros franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas, hombres admirables por su fe y por su generosidad humana.

Ellos sabían muy bien cuán importante es la cultura como vehículo para transmitir la fe, para que los hombres progresen en el conocimiento de Dios. En esto no puede haber distinción de razas ni de culturas, "no hay griego ni judío. . . , ni esclavo ni libre, sino que Cristo es todo en todos" (cf. Col 3, 9-11). Esto constituye un desafío y un estímulo para la Iglesia, ya que, siendo fiel al mensaje genuino y total del Señor, ha de abrirse e interpretar toda realidad humana para impregnarla de la fuerza del Evangelio (cf. Evangelii Nuntiandi, 20, 40).

(Solidario de los pobres).

Amadísimos hermanos: Mi presencia entre vosotros quiere ser un signo vivo y fehaciente de esta preocupación universal de la Iglesia. El Papa y la Iglesia están con vosotros y os aman: aman vuestras personas, vuestra cultura, vuestras tradiciones. Admiran vuestro maravilloso pasado, os alientan en el presente y esperan tanto para en adelante.

MENSAJE A LOS CAMPESINOS

Pero no solo de eso os quiero hablar. A través de vosotros, campesinos e indígenas, aparece ante mis ojos esa muchedumbre inmensa del mundo agrícola, parte todavía prevalente en el continente latinoamericano y un sector muy grande, aun hoy día, en nuestro planeta.

**Con los Papas anteriores,
Juan Pablo II quiere ser solidario con la causa
de los campesinos y voz de los que no tienen voz**

Ante ese espectáculo imponente que se refleja en mis pupilas, no puedo menos de pensar en el idéntico cuadro que hace diez años contemplara mi predecesor Pablo VI, en su memorable visita a Colombia y más concretamente en su encuentro con los campesinos.

Con él quiero repetir —si fuera posible, con acento aún más fuerte en mi voz— que el Papa actual quiere ser “solidario con vuestra causa, que es la causa del pueblo humilde, la de la gente pobre” (discurso a los campesinos, 23 de agosto de 1968). El Papa está con esas masas de población “casi siempre abandonadas en un in-noble nivel de vida y a veces tratadas y explotadas duramente” (Ibíd.).

Haciendo mía la línea de mis predecesores Juan XXIII y Pablo VI, así como la del Concilio (cf. *Mater et Magistra*, *Populorum Progressio*, *Gaudium et Spes*, 9, 71, etc.) y en vista de una situación que continúa siendo alarmante, no muchas veces mejor y a veces aun peor, el Papa quiere ser vuestra voz, la voz de quien no puede hablar o de quien es silenciado, para ser conciencia de las conciencias, invitación a la acción, para recuperar el tiempo perdido, que es frecuentemente tiempo de sufrimientos prolongados y de esperanzas no satisfechas.

El campesino no puede esperar más a que se le reconozcan su dignidad y sus derechos

El mundo deprimido del campo, el trabajador que con su sudor riega también su desconsuelo, no puede esperar más a que se reconozca plena y eficazmente su dignidad no inferior a la de cualquier otro sector social. Tiene derecho a que se le respete, a que no se le prive —con maniobras que a veces equivalen a verdaderos despojos— de lo poco que tiene; a que no se impida su aspiración a ser parte en su propia elevación. Tiene derecho a que se le quiten las barreras de explotación, hechas frecuentemente de egoísmos intolerables y/contra los que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción. Tiene derecho a la ayuda eficaz —que no es limosna ni migajas de justicia— para que tenga acceso al desarrollo que su dignidad de hombres y de hijo de Dios merece.

Hay que actuar pronto y en profundidad. Sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social

Para ello hay que actuar pronto y en profundidad. Hay que poner en práctica transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender sin esperar más, reformas urgentes (cf. *Populorum Progressio*, 32).

No puede olvidarse que las medidas a tomar han de ser adecuadas. La Iglesia defiende sí, el legítimo derecho a la propiedad privada,

pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social, para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios les ha dado. Y si el bien común lo exige, no hay que dudar ante la misma expropiación, hecha en la debida forma (cf. *ibíd.*, 24).

Importancia y dignidad del mundo agrícola

El mundo agrícola tiene una gran importancia y una gran dignidad: él es el que ofrece a la sociedad los productos necesarios para su nutrición. Es una tarea que merece el aprecio y estima agradecida de todos, lo cual es un reconocimiento a la dignidad de quien de ellos se ocupa.

Una dignidad que puede y debe acrecentarse con la contemplación de Dios que favorece el contacto con la naturaleza, reflejo de la acción divina, que cuida de la hierba del campo, la hace crecer, la nutre y fecunda la tierra, enviándole la lluvia y el viento, para que alimente también a los animales que ayudan al hombre, como leemos al principio del Génesis.

El trabajo del campo comporta dificultades no pequeñas por el esfuerzo que exige, por el desprecio con el que a veces es mirado o por las trabas que encuentra, y que solo una acción de largo alcance puede resolver. Sin ello, continuará la fuga del campo hacia las ciudades, creando frecuentemente problemas de proletarianización extensa y angustiosa, hacinamiento en viviendas indígenas de seres humanos, etc.

Un mal bastante extendido es la tendencia al individualismo entre los trabajadores del campo, mientras que una acción mejor coordinada y solidaria podría servir de no poca ayuda. Pensad en esto, queridos hijos.

A pesar de todo ello, el mundo campesino posee riquezas humanas y religiosas envidiables: un arraigado amor a la familia, sentido de la amistad, ayuda al más necesitado, profundo humanismo, amor a la paz y convivencia cívica, vivencia de lo religioso, confianza y apertura a Dios, cultivo del amor a la Virgen María y tantos otros. Es un merecido tributo de reconocimiento que el Papa quiere expresaros y al que sois acreedores por parte de la sociedad. Gracias, campesinos, por vuestra valiosa aportación al bien social. La humanidad os debe mucho. Podéis sentiros orgullosos de vuestra contribución al bien común.

**A los responsables de los pueblos:
no es justo, no es humano, no es cristiano
continuar con ciertas situaciones claramente injustas**

Por parte vuestra, responsables de los pueblos, clases poderosas que tenéis a veces improductivas las tierras que esconden el pan que a tantas familias falta, la conciencia humana, la conciencia de los pueblos, el grito del desvalido, y sobre todo la voz de Dios; la voz de la Iglesia os repiten conmigo: no es justo, no es humano, no es cristiano continuar con ciertas situaciones claramente injustas. Hay que poner en práctica medidas reales, eficaces, a nivel local, nacional e internacional, en la amplia línea marcada por la Encíclica *Mater Magistra* (parte tercera). Y es claro que quien más debe colaborar en ello, es quien más puede.

**A los campesinos: trabajad por vuestra elevación humana
y por vuestra dignidad moral y religiosa**

Amadísimos hermanos e hijos: trabajad en vuestra elevación humana, pero no os detengáis ahí. Hacedos cada vez más dignos en lo moral y religioso. No abriguéis sentimientos de odio o de violencia, sino mirad hacia el Dueño y Señor de todos, que a cada uno dé la recompensa que sus actos merecen. La Iglesia está con vosotros y os anima a vivir vuestra condición de hijos de Dios, unidos a Cristo, bajo la mirada de María nuestra Madre Santísima.

El Papa os pide vuestra oración y os ofrece la suya. Y al bendeciros a vosotros y a vuestras familias, se despide de vosotros con las palabras del Apóstol San Pablo: "Llevad un saludo a todos los hermanos con el ósculo santo". Sea esto una llamada a la esperanza. Así sea.

Comentario

Frente al problema de los indígenas, el Papa plantea la doctrina del Vaticano II que continúa siendo un desafío para la labor misionera de la Iglesia: cómo impregnar del Evangelio los valores culturales de los indígenas y al mismo tiempo que se los respeta y se los asimila.

Frente al problema campesino, impresiona la actitud de solidaridad del Papa con su causa y su tono profético de denun-

cia de las clases poderosas, al mismo tiempo que su formulación afortunada y concisa de que sobre toda propiedad privada grava una hipoteca social. Se advierten aquí sus ideas de la primacía del hombre sobre el capital y sobre la propiedad privada que posteriormente fundamentaría el Papa en la frase bíblica de que el Sábado está en función del hombre y no el hombre en función del Sábado.

EN LA SOCIEDAD PARA QUE EL TRABAJO TENGA LA PRIORIDAD SOBRE EL CAPITAL

Este es el discurso que pronunció el Papa Juan Pablo II a los trabajadores de la ciudad de Monterrey, México, el 21 de enero de 1979, durante el mismo viaje a Puebla. En gran ciudad industrial y la presencia del mundo trabajador hicieron recordar al Papa su experiencia pasada como obrero en el país de origen y llama a todos los grupos a construir una sociedad en donde el trabajo tenga la prioridad sobre el capital.

Veamos las distintas partes del discurso.

Introducción

El Papa agradece a los trabajadores por todo lo que ha podido ver y oír en esta ciudad, obra de los obreros y testigo de las penas y aspiraciones de los trabajadores.

Esto le recuerda al Papa su experiencia personal de trabajo físico con todo lo que comporta la experiencia de trabajar de larga y dependiente, de pesadas y monótonas, de urgentes necesidades y legítimas aspiraciones, todo vivido en la cara, una experiencia inquebrantable.